

una autoridad; no sabe lo que significa híbrido, pero no debe de ser cosa buena.

La digna esposa de AVECILLA, exclama:

—Entonces, no digo nada; lo primero es que á la chica no la abran los ojos con picardías...

Sin embargo, en su fuero interno, la austera dama protesta, porque ella ha visto muchas zarzuelas que no eran *híbridas*, sino muy inocentes y morales... Poco después, piensa. — Eso de híbrido, acaso signifique otra cosa.

—¿Quieres que vayamos á la ópera, papá? Allí hay muy bonitas decoraciones y eso le gustará á mamá.

—Te diré, Pepita: la ópera no es híbrida, pero... ya sabes cuál es mi sistema económico; soy libre-cambista como gobierno, en mi entidad Estado, pues ya sabes que todos formamos parte intrínseca del Estado, pero en cuanto particular, creo deber mío consumir productos nacionales; el arte es producto, luego yo debo proteger el arte nacional, y en la ópera cantan en italiano.

—Y lo peor es que no se entiende, — observó la digna esposa.

—Y además, ahora recuerdo que está cerrado el Real, — concluyó Pepita.

—¿Qué les parece á ustedes de irnos á los caballitos, á Price? — propuso la madre.

—Eso no es arte, es decir, no es arte bella.

—A mí no me gustan los títeres, yo quiero teatro.

—Pero el teatro... el teatro... ¡Si no hay ninguno que os agrade!

—A mí, todos, madre.

—Pero tu padre no acaba de decidirse.

Estaban en la Puerta del Sol; el reloj del Principal señalaba las nueve en punto.

—¿En qué quedamos, papá?

El entusiasmo artístico de don Casto se había enfriado un poco. Al valor de gastarse doce ó veinte reales, protegiendo el arte nacional, había sucedido en su espíritu una serie de reflexiones relativas á las ventajas del ahorro en las clases pobres.

Mientras su hija decía que era tarde y que ya no se llegaría á ningún teatro serio á buena hora, AVECILLA recordaba lo que había oído y leído de las excelencias del interés compuesto de las cajas de ahorro, de lo que llega á ser el *óbolo* del pobre en

una de estas instituciones benéficas que hay en el extranjero.

—Después de todo, hija mía, el arte está perdido.

La señora de AVECILLA notó la reacción que experimentaba su amante esposo, y quiso aprovecharla en bien de la economía doméstica, asegurando que, en efecto, estaba perdido el arte, y añadiendo:

—¿Vamos un rato hacia la feria?

—¿A qué feria, mamá, á estas horas?

Era el año en que el ayuntamiento de Madrid procuró atraer á la capital toda la riqueza de España, haciendo en el Prado una feria digna de Pozuelo de Alarcón.

Más arriba del Prado, entre el Dos de Mayo y el Retiro, habían sentado sus reales una multitud de artistas errantes, de esos que van de pueblo en pueblo y de gente en gente, enseñando monstruos de la fauna terrestre á la asombrada humanidad. Una ciudad de barracas se había plantado á las puertas del Retiro. Don Casto lo sabía, y aprobando el proyecto de su esposa, dirigió sus pasos y los de su familia á la feria de maravillas zoológicas.

—¿Pero qué, ya no se va al teatro?— preguntó tímidamente Pepita.

—A la vuelta de la feria, veremos una pieza en Variedades ó en Eslava... todo es arte. Pero antes vamos á ver si tu madre satisface esa curiosidad que siente ante lo fenomenal y supra... y supra... En fin, vamos á ver *la mujer gorda*.

El matrimonio sin decirse nada, se había puesto de acuerdo para gastar poco. Buscaban sofismas que les sugería el espíritu del ahorro, para conciliar las altas aspiraciones estéticas de la familia AVECILLA con la parsimonia en los gastos extraordinarios, como pensaba don Casto.

Llegaron á las barracas. Pasaron sin manifestar la menor curiosidad delante de la casa de fieras, en que se enseñaba un tigre de Bengala, un oso blanco algo rubio, y dos lobos. En vano, en otro de aquellos cajones de madera, gritaba el hombre de las serpientes; y hasta se oyó con indiferencia el pregón de la ternera con dos cabezas. Algo llamó la atención de la señora de AVECILLA una voz que exclamaba:

—¡Aquí, aquí, á la mona que da de mamar á un gato vivo!...

Pero la mirada imperiosa de don Casto, que iba un poco avergonzado, hizo que el deseo de su señora muriese al nacer:

Siguieron adelante. Por fin, entre rojas teas, que arrojaban al espacio ondulantes columnas de humo pestífero, la señora de AVECILLA vió en un gran lienzo pintado, una arrogante figura de mujer con barbas, la cual, castamente, cultivando el arte por el arte, enseñaba al ilustrado público una arrogante pantorrilla, ceñida de una liga en que pudo leer don Casto difícilmente: *Honni soit qui mal y pense*. Había leído en voz alta, y el público indocto que rodeaba la barraca (soldados y paletos, mozelas y pillastres), se acercaron para oír la traducción que iba á hacer de la misteriosa inscripción aquel señor tan estirado.

—¿Qué significa eso, Casto?—le preguntó su esposa muy hueca, facilitándole la ocasión de lucirse en público.

La buena señora creía que su esposo sabía, por adivinación, todas las lenguas, incluso el griego, idioma á que sin duda pertenecía aquel letrado. D. Casto se puso muy colorado y metió tres dedos entre la corbata, que le ahogaba, y la nuez.

—Eso—dijo por fin—es... una divisa que... que... que habréis visto en los forros de los sombreros... No tiene traducción literal... pero está en inglés... de eso estoy seguro.

El redoble de un tambor cubrió su voz, como la de Luis XVI en el cadalso.

Desde una doble escalera de mano, de pie en el más alto peldaño, un charlatán, cubierto de larguísima camisa que llegaba al suelo, comenzó á predicar la buena nueva de *Mademoiselle Ida*, la señorita gigante de *Maryland*, en los Estados Unidos de *l'Amérique*.

El hombre de la escalera, después de contar la historia de nuestra mujer gorda, se atribuyó su personalidad, y para acreditarla decía:

—¡Señores, aquí tienen la gran camisa y las fenomenales medias!

Y por medias enseñaba dos grandes sacos por donde metía la cabeza.

Después le echaron desde abajo una almohada de regular tamaño, y con ella quiso imitar las turgencias más apreciables y escultóricas de la mujer gorda.

—¡Oiga V., caballero!—gritó, al llegar

aquí, D. Casto Avecilla, colorado como una amapola, tanto por el rubor cuanto por el apretón que le daba la corbata, que le estaba degollando. — ¡Oiga V., caballero, delante de mi hija no se hacen esas indecencias, y esto es engañar al público, que tiene derecho á que se le indemnice!...

En aquel momento se acordó de que nada le había cóstado el espectáculo, que era al aire libre y sin entrada, en medio de la feria.

— *Pardon, monsieur, mais nous sommes ici chez nous, s'il vous plait,* — dijo el de la camisa, en francés, con acento catalán.

— Si no le gusta la función puede usted marcharse, — dijo un soldado cuyas castas orejas no lastimaban aquellas alegorías pornográficas.

Avecilla replicó:

— Y sí, señor, que me marcharé; y si la autoridad fuese en todo como en lo que yo me sé, si el Estado tuviese sus representantes en todas partes, esto no pasaría, no, señor; esto es desmoralizar al pueblo, al pobre pueblo, que no puede permitirse el lujo...

— ¡Fuera, fuera! ¡Que baile D. Quijote!

— gritó la chusma por cuya moralidad volvía angustiado Avecilla.

Pepita había vuelto la cara con asco y sin remilgos; en el rostro de doña Petra había una sonrisa triste y amarga, pues en el fondo se reconocía culpable. Por *codicia*, esa codicia del pobre que se parece tanto á una virtud, no había querido ir á un teatro de los caros, y así había llegado, en su afán de economía, hasta á contentarse con el espectáculo gratuito... ¡Y el espectáculo gratuito era un hombre en camisa de once varas, imitando lúbricos movimientos y formas abultadas de mujer gorda y desnuda...!

Ausentóse de aquél sitio la honrada familia, y á los pocos pasos vió D. Casto en otro barracón un letrado que decía: «*La verdadera mujer gorda, no confundirla con la de enfrente.* Entrada, quince céntimos personas mayores. Niños y militares, perro chico.» D. Casto consultó á su dignísima esposa con la mirada. Ello había que cumplir á Pepita lo ofrecido, un recreo para el espíritu, para la imaginación de la muchacha sobre todo... y aquel que se ofrecía delante de los ojos era barato... *La verdadera mujer gorda.*

Valga la verdad, el mismo matrimonio tenía ardientes deseos de ver un fenómeno. Entraron, pues, no sin dejar á la puerta cuarenta y cinco céntimos. La mujer gorda, vestida de pastora de los Alpes, estaba sobre el tablado, que tanto tenía de escenario como de nacimiento; en el fondo había una decoración de paisaje alpestre, cuyas montañas más altas llegaban á la mujer gorda (Mlle. Goguenard) á las rodillas. Estaba sentada en una silla de paja, y en la mano derecha tenía, en vez de cayado, una enorme tranca; la mano izquierda acariciaba en aquel momento una barba de macho cabrío que descendía por las turbulencias hirsutas que revelaban de manera indudable la autenticidad del sexo.

Las candilejas de pestífero aceite estaban á media luz; el público llegaba poco á poco, y en pie todos, en semicírculo, se colocaban cerca del escenario con religioso silencio. Predominaba aquí también el elemento militar, y no faltaban cinco ó seis muchachuelas de la hez del pueblo, andrajosas, que procuraban vestir sus harapos con la rigidez manolesca, y que reían y cuchicheaban y se decían al oído mil picar-

días que les inspiraba la presencia del monstruo.

Mlle. Goguenard hablaba en francés con una mujer de la barraca inmediata que iba á visitarla de vez en cuando. Decía, pero no lo entendía el público, ni el mismo don Casto, que el oficio era horroroso y que ya estaba cansada de aquella estupidez. Las miradas que repartía por la asamblea eran de desprecio y de cólera.

—*¡ C'est bête! ¡ C'est bête!*—repetía la mujer gorda, y gruñía moviendo la feísima cabeza.

En tanto D. Casto, en voz baja, daba explicaciones á su familia, que le escuchaba, olvidada ya la vergüenza de la barraca de las falsificaciones, con ojos llenos de curiosidad, una curiosidad puramente científica. Doña Petra presentaba á su marido las más difíciles cuestiones fisiológicas y etnográficas, segura de que AVECILLA lo sabía todo. Era su creencia fija: su esposo estaba al cabo de la calle de cuanto se puede saber en este mundo, y la tenía indignada que todo esto no bastara para lograr un mal ascenso en Pastos.

—Pues bien—decía D. Casto,—los ji-

gantes van desapareciendo poco á poco; pero hubo un tiempo en que ellos dominaban y tenían al mundo entero en un puño. La historia registra varios gigantes célebres, por ejemplo, Goliat, Gargantúa...

—Y el gigante chino— se atrevió á decir Pepita, interrogando con la mirada.

—Y el gigante chino— repitió su padre, que no recordaba más gigantes registrados por la historia.

—Pero esta no es gigante— objetó doña Petra, cuyo buen sentido, sin querer ella, presentaba argumentos invencibles á la sabiduría de su esposo.

—Distingo, señora mía, distingo— dijo D. Casto. —No es gigante en sentido longitudinal; pero has de saber, esposa mía, de aquí en adelante, que hay tres dimensiones: longitud ó largo, latitud ó ancho, y profundidad ó grueso... pero grueso vale tanto como gordo, luego esa señora es gigante en sentido lato, ó mejor diré, en cuanto á la gordura ó profundidad.

Esta vez triunfó el amo de la casa por completo.

— ¡ Y pensar que á este hombre no le llega el sueldo al último día del mes! — se

dijo á sí misma doña Petra suspirando.

Un redoble de tambor que resonó fuera anunció al público que empezaba la exposición.

—Cuarenta y ocho veces me *he enseñado* al ilustrado público, dijo la mujer gorda á su amiga. Y después de dar al aire un suspiro, acercó la silla á las candilejas y comenzó su relato en un mal español y con voz ronca y gesto displicente.

La familia de AVECILLA se había colocado en primera fila, y como don Casto era á todas luces la persona de más representación y más estatura de las del teatro, á él se dirigían las miradas y las palabras de la Goguenard. Doña Petra sintió un asomo de celos. Atribuyó aquella predilección al aire de salud de su marido.

La relación de la mujer gorda era muy sencilla. No había en ella, como en la del farsante de marras, asomo de lubricidad; se trataba la cuestión de sus buenas carnes desde un punto de vista puramente antropológico. Don Casto así lo comprendió, prestándose gustoso á ser el Santo Tomás de la reunión, es decir, el testimonio vivo del concurso, mediante el sentido del tacto.

La Goguenard decía:—Señores, esta pantorrilla—y levantando la falda de color de rosa y las enaguas mostró una mole cilíndrica de carne que se transparentaba bajo media de seda calada, —esta pantorrilla ha llamado la atención de las dos Américas, de las colonias inglesas, de la India y de toda la Europa; es de carne verdadera, aquí no hay nada falso, puede palpar el señor y se convencerá de ello...

Don Casto, como dejó dicho, no tuvo inconveniente en palpar, previa una mirada de consulta á su esposa, que aprobó orgullosa y muy contenta.

Bien sabe Dios que don Casto iba á tocar aquella carne libre de todo mal pensamiento, pero fuera que su vida exageradamente casta, si en tal virtud cabe exageración, le hubiera conservado fuegos interiores ocultos, apagados generalmente en los de su edad, fuera la emoción de la notoriedad, ó lo que fuera, Avecilla se puso pálido, tragó saliva y por sus ojos pasó una nube que los oscureció por un momento. Lo que sintió don Casto es un misterio, pero es lo averiguado que tardó algunos

minutos en reponerse, y no sin trabajo pudo decir al numeroso público:

—¡Carne, carne y dura!

Y todos creyeron bajo la palabra de *abuelo*, como le llamó inoportunamente una chula en embrión.

Para doña Petra no pasó sin ser notada la turbación de su esposo; Pepita sintió otra vez la repugnancia de poco antes al ver á su padre palpar pantorrillas de fenómenos del *sexo débil*. Además, el espectáculo, hasta entonces compatible con el más recatado pudor, cambió de aspecto cuando dos ó tres mozalvetes se acercaron á repetir la experiencia de don Casto. Como durase la prueba del tacto más de lo que parecía regular á la mujer gorda, ésta levantó la tranca y amenazó con ella, diciendo á la vez á los atrevidos y concupiscentes mancebos:

—¡Fuera, canalla!... ¡Id á palpar!...

¡Y añadió horrores!

Carcajadas del cinismo, epigramas de la desvergüenza, todo el repertorio de los lupanares se cruzó entre el concurso hasta entonces comedido y la robusta pastora de los Alpes... Los Avecilla salieron á paso

largo, corridos, muy disgustados, sin hablarse, y llenos de remordimientos el esposo y la esposa.

Dejaron la feria, atravesaron el Prado y subieron por la Carrera de San Jerónimo; callaban los tres. Don Casto no se conocía, renegaba de sí. Nada de aquello era digno de una rueda del Estado, de una entidad que no debe, que no puede tener pasiones vergonzosas. Y no cabía duda, á sí propio tenía que confesárselo, por más que hasta la hora de la muerte se lo ocultase á su pobre Petra: él, don Casto, la rueda, había sentido un extraño, profundo deleite, al tocar la carne dura y fresca entre las mallas de seda... Sí, esta era la verdad, la verdad desnuda.

Doña Petra subía la calle un poco amostazada, pero reprimiéndose; no quería manifestar sus recelos; no había forma decorosa de hacerlo delante de la niña.

¡La niña! Esto era lo peor. ¡Qué cosas había visto la niña! ¡Y eran ellos, sus padres, los que le habían abierto los ojos, los que habían puesto la provocación de la lascivia ante su virginal mirada!

Pepita iba un poco avergonzada. No se

atreví á mirar á su madre; temía que le conociese aquella excitación en que la tenían los repugnantes espectáculos que dejaba atrás.

En la esquina de la calle del Príncipe fué necesario hablar algo. — ¿Y ahora? — se atrevió á decir doña Petra. — A donde queráis, — respondió Pepita, resignada. — ¿A casa? — Es temprano, — dijo apenas don Casto, hablando como aquel que no tiene saliva. — ¿Vamos á ver una piececita á Variedades? — Está lejos. — Pues á Eslava, que está al paso. — Vamos á Eslava. — Y fueron.

Por el camino ya se habló algo, para olvidar, ó procurarlo á lo menos, las escenas de los barracones. D. Casto, á quien la corbata se le iba metiendo carne adentro, aparentó jovialidad. ¡En vano! Estaban todos tres cortados, se miraban unos á otros con miedo. ¡Si algún pensamiento poco honesto, que lo dudo, había ocupado jamás á aquellos tres espíritus sencillos, no había sido ciertamente comunicado entre ellos, pues en todas sus relaciones había reinado siempre la castidad más perfecta! ¡Y ahora tenían aquel fango, aquella ver-

güenza en común, en la sociedad de su vida íntima! La incomodidad de esta repugnancia la sentían ellos con mucha más fuerza que yo la explico.

En Eslava les tocó ver una zarzuela llena, también, de pantorrillas y de chistes verdes. Cada alusión iba derecha á lo que guarda más el decoro del contacto de los labios. Muchas las entendía Pepita, por demasiado transparentes; otras, á fuerza de discurrir, sin poder contener el pensamiento, lo que significarían aquellos chistes que el público recibía con carcajadas maliciosas... Acabó la zarzuela y empezó el baile.

— ¡Más pantorrillas! — gritó D. Casto sin poder contenerse y á punto de ser estrangulado por la corbata. Y puesto en pie, intimó á los suyos la orden de retirada.

Cogieron las mujeres sus abrigos y salieron á la calle, no sin que les acompañara el público de las alturas con ese castañeteo de la lengua con que se echa á los perros de todas partes y á los espectadores impacientes de los teatros, según moderna costumbre, menos culta que bien intencionada.

Salieron los AVECILLAS abochornados, llegaron á su casa, que estaba cerca, y sin hablar de las emociones de la noche, Pepita se fué á su alcoba, después de dar un beso en la frente de su padre. A su madre no se atrevió á besarla. Don Casto observó que la niña estaba agitada, descompuesta, que tropezaba con las sillas; y el color encendido, el sudor que le caía en copiosas gotas por sienes y frente, notó que le sentaban muy mal. Aquella noche su hija no era la de siempre, la tranquila hermosura que cosía á la máquina en enaguas, durante el verano, enseñando la hermosa garganta, nada más que la garganta, y alegre y sin aquellas brasas en las mejillas.

Cuando don Casto estuvo solo con su esposa, en esa hora en que los matrimonios bien avenidos y de larga vida conyugal, se acarician comunicando ideas, hablando de los hijos y de la hacienda, en esa hora, resumen del día, AVECILLA miró, por fin, á Petra, cara á cara. Ella bajó los ojos, perdonando y pidiendo perdón á un mismo tiempo. Se sentía culpable de una sordidez que era una virtud necesaria para su miserable hacienda.

— ¡Pobre hija mía! ¡Poco se ha divertido esta noche! — dijo el padre.

— ¡Poco! — contestó la madre.

Y sin decírselo, pensaron los dos á un tiempo: — ¡La hemos ultrajado! — Don Casto, exagerado en todo y amigo de la hipérbole, hasta de pensamiento, fué más allá; pensó también así: — ¡La hemos prostituído!

Silencio otra vez. Doña Petra se acostó primero; volvió á rezar, porque le pareció que las oraciones de aquella tarde ya no servían, y quiso purificarse con otro rosario de coronilla. En tanto, don Casto paseaba por la sala en mangas de camisa, con los tirantes colgando, y así estuvo hasta que se le ocurrió una frase que reputó oportuna porque no decía nada y decía mucho. Mientras procuraba, maquinalmente y en vano, quitarse la corbata, mirándose al espejo, exclamó en voz alta, para que doña Petra le oyera:

— ¡Lo barato es caro!

Este aforismo económico-alegórico-moral, como para sí le llamó Avecilla, no mereció respuesta ni comentarios por parte de doña Petra, sin embargo de que lo ha-

bía entendido perfectamente. — ¡Acuéstate, Avecilla! — fué lo que ella dijo.

— Bien quisiera; pero, la verdad, esta maldita corbata... estos malditos resortes, esta industria transpirenaica... ¡No sé por dónde metió la niña esta punta de acero! ¡Ay!

— ¿Qué es eso, Avecilla?

— Nada, un pinchazo... ¿Pero, Señor, por dónde se saca eso?... Y lo peor es que me aprieta, me ahoga... ¡Parece un remordimiento esta corbata!... ¡Puf! ¡Renuncio, renuncio!

— ¡Ven acá, hombre, á ver si yo puedo! Doña Petra tampoco pudo.

Avecilla va y viene del espejo á la cama, de la cama al espejo; ni él ni su digna Petra son capaces de encontrar el resorte de aquella condenada máquina del plastrón.

— Comprendo lo de Sedán — gruñe don Casto, dando pataditas en el suelo. — No se parece la mecánica de esta corbata á la del Estado; en la máquina pública todo es armonía, relación; aquí... ¡no hay diablos que den en el intríngulis de este artefacto!... Si por aquí, nada; si tiro de aquí, menos; —

y sudaba sangre el buen señor. — ¡Llama á Pepita! — dijo doña Petra.

— ¡No en mis días! ¡Déjala dormir en el sueño de la inocencia! — Y continuó:

— Estoy resuelto, ¡me acostaré con corbata y con camisa! ¡Yo, que no he consentido jamás que me hicieran dormir con ropa almidonada! ¡Pero, en fin, me sacrificaré! ¡Todo, antes que interrumpir el sueño de la inocencia! Porque aún será el sueño de la inocencia, ¿verdad, Petra mía?

— ¡Pues claro, hombre!

Ambos esposos pensaban en lo mismo, en la pantorrilla de Mlle. Goguenard.

Don Casto se acostó sin quitarse la corbata. Apagó la luz. — Duerme — dijo á su señora. — ¿Y tú? — ¡Yo! ¿Quién duerme con este lazo al cuello?... ¡Soñaría que me daban garrote! — ¿Pues por qué no quieres despertar á Pepita? — ¡Que duerma, que duerma la inocencia... su padre vela!

Reinó el silencio en la oscuridad. Don Casto, sentado en la cama, apoyada la espalda en los almohadones, daba suspiros al viento con la fuerza de muchos fuelles. Doña Petra no suspiraba, pero tampoco dormía. Un reloj dió las dos.

— ¡Si hubiéramos ido á la Zarzuela — se atrevió á decir doña Petra, como continuando una conversación entablada de espíritu á espíritu, sin necesidad de palabras, entre los cónyuges.

— ¡Sí; debimos haber ido á la Zarzuela!

— Pero como tú dices que es un espectáculo *híbrido*.

— Eso es cierto, *híbrido*.

Nueva pausa. Nuevo atrevimiento de doña Petra.

— ¿Y qué significa eso de *híbrido*?

— Petra — respondió el viejo, ocultando mal su enfado, — diversas y varias veces te tengo reprendido, en el tono de la más cordial amistad, ese espíritu concupiscente de preguntarlo todo. Y sobre que más pregunta un necio que responde un sabio, debo advertirte que yo no recuerdo en este momento lo que esa palabreja significa; pero ten por seguro que la zarzuela es un espectáculo *híbrido*, pues yo lo he leído en críticos famosos y á ellos me atengo. Y duerme y calla, que hartó tengo yo con esta maldita corbata para martirio de esta noche, y si no fuera un absurdo en el te-

rreno de la economía, ya habría cogido unas tijeras...

—¡Jesus, hombre! ¡Una corbata que costó tantos reales!

—¡Pues por eso digo que sería un absurdo!

Durmió doña Petra y al cabo don Casto también, y soñó que le llevaban al patíbulo, como había previsto, y que por el camino del patíbulo había tendidas mujeres gordas, entre cuyas piernas mal cubiertas tenía que pasar don Casto, pisando carne por todos lados... Doña Petra no soñó nada. A la mañana siguiente, la rueda administrativa se despertó en D. Casto con grandes ansias de funcionar. Pepita, contra su costumbre, no se había levantado todavía. Avecilla se alegró en el fondo del alma. Salió muy temprano, sin hacer ruido, y como las oficinas no estarían aún abiertas, se fué al Retiro.—¡Oh! ¡La naturaleza—pensaba don Casto,—único espectáculo gratuito y moralizador! Cuando quiera que Pepita se distraiga y dé libre vuelo á su imaginación, la traeré al Retiro por la mañana, en vez de llevarla al teatro por la noche.. Aquí las flores deleitan el

sentido del olfato, las aves el del oído, la naturaleza entera el de la vista, las brisas el del tacto, que según aseguran los sabios, está esparcido por todo el cuerpo, y por último, podemos corrernos con un cuartillo de leche de vaca, recreo sabrosísimo del gusto, leche con bizcochos...—Y siguió perdiéndose en aquel idilio y entre las enramadas del Retiro.

Cuando entró en la oficina, ya estaban trabajando, es decir, leyendo periódicos, algunos compañeros.

—¡Hola, hola, Casto!— se permitió decirle un vejete, el único que le tuteaba.— ¡Parece que se trasnocha!... *Sero venis*. ¡Y qué cara, qué palidez, qué ojos hinchados! ¡Ah, Casto, Casto! ¡Me parece que andas en malos pasos!...

— Señores, ¿quién ha contado aquí?...

— ¡Todo se sabe!— dijo el viejo con malicia, para descubrir algo.

— ¡Me han visto en la barraca de la mujer gorda!— pensó Avecilla horrorizado.— ¡Pues bien, señores, juro con la mano puesta sobre el corazón, por mi honor y por los Santos Evangelios, que mi curiosidad era puramente artístico-científica!

Es cierto que la pantorrilla de aquella robusta señora...

— ¡Bravo, bravo, confiesa! — gritaron todos á coro.

No se le dejó proseguir; ya no pudo en su vida explicar aquellas palabras, y quedó como artículo de fe en la oficina que don Casto AVECILLA era como los demás, que tenía una querida y era robusta.

— En fin, caballeros, — dijo don Casto, renunciando á explicarse porque no le dejaban, — todo lo que ustedes quieran será; pero yo les ruego por caridad que alguno que entienda estas trampas de las corbatas con resorte, me libre de este dogal que me sofoca.

— ¡Uf! — respiró don Casto, moviendo la cabeza, sacudido ya el ominoso yugo.

Respiró con libertad; ¡pero ay! su reputación de casto esposo, de modelo de padres de familia, había desaparecido para siempre.

¿Y su hija? Su hija... ¿había perdido la inocencia aquella noche?

Yo le diré al lector, en secreto, que no hubo tal cosa.

Pero cuando, años después, la pobre

Pepita, como tantas otras, sucumbió á los pérfidos halagos del amor de infantería y fué víctima de los engaños de un subterfugio, huésped de la casa, don Casto, llorando su deshonra, se atribuyó toda la culpa de tan grande infortunio...

— Sí, sí! — exclamaba medio loco, mesándose las venerables canas. — ¡Yo la prostituí aquella maldita noche, por no llevarla á un teatro clásico, por querer ahorrar ocho reales! ¡Lo barato es caro, lo barato es caro!... ¡Yo bien decía!

Y doña Petra, por todo consuelo, repetía cien y cien veces:

— ¡Si hubiéramos ido á la Zarzuela!

Zaragoza, 1882.



EL HOMBRE DE LOS ESTRENOS